



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



28 de junio de 1890



Núm. 139



HOJEANDO EL ALBUM



UN RATO DE CHARLA

FECHA inolvidable será en los fastos de las glorias españolas la del 7 de junio de 1890. En dicho día el buque submarino *Peral* hizo las pruebas de sus condiciones de navegación y anduvo por espacio de 63 minutos sumergido.

Al cabo de tantas peripecias, de tantas oscilaciones de la opinión, quedó confirmada la verdad del invento. La verdad de la navegación submarina es un hecho. ¡Gloria á Peral!

Años hacía que no habíamos conocido en España satisfacción semejante á la que nos ha proporcionado el ilustre oficial de nuestra armada. Sí: España cuenta con un sabio más cuyo nombre es universalmente conocido y respetado. ¡Gracias á Dios!

La resolución de los numerosos problemas que entrañaba la cuestión del submarino basta á acreditar de ilustre físico al que ha podido dar con el secreto. Funcionamiento por largo tiempo de la electricidad como fuerza motriz sin grandes pérdidas; sumersión vertical; equilibrio horizontal; respiración; dirección del buque; supresión de la salida de burbujas de aire que denuncien la presencia del submarino; cálculo de las distancias: hé ahí otras tantas dificultades vencidas, amén de las infinitas otras de que no puedo formarme idea por mi ignorancia en la materia.

En cuanto á las aplicaciones del invento, creo que satisfacen perfectamente los propósitos de su inventor. La navegación submarina no puede compararse con la navegación ordinaria, y sería un desatino enorme esperar de ella lo que se debe exigir á los barcos que navegan por la superficie.

Las condiciones de transparencia del aire y del agua son diferentes, y la visión á larga distancia será siempre un inconveniente para las empresas submarinas. En cambio, moviéndose un buque de esta clase en un radio bien conocido y á poca profundidad, para tener más luz, ¡qué de servicios no pue te prestar haciendo imposible la aproximación de una escuadra!

Yo creo, por lo tanto, que se acordará construir submarinos con destino cada uno de ellos á operar en una zona determinada, cuyo relieve se irá estudiando para que el buque pueda maniobrar sin temor á choques contra las rocas del fondo, etc., etc.

Además de que nunca pueden presumirse *à priori* las aplicaciones que puede tener un invento. ¡Quién sabe la utilidad que acaso podrá reportar el *Peral*, aparte de sus cualidades como arma de guerra! ¡quién sabe si los buques de dicha clase no constituirán, con el tiempo, un factor importantísimo en nuestra riqueza, en nuestros adelantamientos científicos y en otras esferas imposibles ahora de imaginar!

Hay muchos problemas de zoología marítima cuya resolución puede ser de trascendencia en la riqueza del país (la sardina, el atún); problemas que preocupan hondamente á Francia é Italia. ¿Qué nación podría intentar entonces rivalizar con España en elementos para estudiar el asunto?

Española es la mejor estación biológico-marítima del mundo: Mahón. Con auxilio de los submarinos, nuestros naturalistas podrían dar pasos de gigante en el conocimiento de la fauna, la flora y la geología abismal.

Por todo esto, sin contar las aplicaciones á la fisiología humana, entiendo yo que el *Peral* es una conquista de incalculable importancia. Dejemos al tiempo los desenvolvimientos de sus aplicaciones, y, hoy por hoy, orgullosos de que haya sido un español el inventor del maravilloso buque, confundámonos todos en un solo sentimiento de admiración y gratitud, y gritemos con voz salida del corazón: ¡*Viva Peral!*

Siempre vuestro

ANTOÑITO



CUENTO DE VERANO

CUENTO precisamente no lo es. Los cuentos son, por regla general, relatos fantásticos y despojados de todo asomo de verosimilitud, cuyo principal aliciente estriba en el aturdimiento que ocasiona lo estupendo y trabajado de su fábula: en cambio, el único mérito que avalora el presente sencillísimo relato es lo verídico de su relación. No esperéis, pues, que sus protagonistas os resulten reyes ó príncipes encantados: los héroes de mi cuento son dos mariposas, insectos sutiles y graciosos que así pueden compararse á flores aladas como á animadas piedras preciosas. De seguro que su airosa agilidad, su peregrina belleza, la transparencia de sus diáfanas alas y lo atrevido de sus giros os habrán movido más de una vez á correr en pos de ellas á fin de darles caza, convirtiendo en crueldad vuestra travesura si conseguíais hacerlas cautivas, porque crueldad sin igual es cortar la libertad de esos inofensivos insectos, y más todavía si se completa la hazaña atravesando con un alfiler su corazón, pues aun cuando no lo parezca, también tienen las mariposas corazón.

Corazón y mariposa parecen dos palabras incompatibles, pero yo he visto cómo la una y la otra se completan y cómo de su complemento se originan conmovedores dramas y delicadísimos idilios.

Hará de ello muy pocos años, dos ó tres á lo sumo.

Encontrábame veraneando en una deliciosa quinta, propiedad de una amiga mía, en compañía de ésta y de sus lindas hijas Nieves y Margarita, delicados capullos que prometían romper muy pronto en flor de peregrina hermosura, tales eran sus gracias y belleza, su ingenio y discreción. Por supuesto que estas circunstancias las usaban poco para *diario*, pues como consecuencia natural de sus pocos años, se entregaban con sin igual fruición á las expansiones y travesuras propias de su edad.

Una tarde de agosto, en tanto algunas amigas nos hallábamos platicando amistosamente á la sombra de un emparrado que á guisa de silvestre velamen cubría la terraza, encendida de emoción y jadeante de fatiga entró Nieves gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué ocurre?—le preguntó ésta.

—Ven en seguida.

—¿Dónde he de ir?

—Pues... al salón azul. Ha entrado una mariposa hermosísima como jamás hayamos visto otra igual. Hemos cerrado las ventanas á fin de que no se escape, y Margarita queda vigilándola, pero no la puede alcanzar. Tal vez tú...

—Y ¿por una mariposa armar tanta bulla y algazara?—observó la mamá levantándose y disponiéndose á seguir á su hija.

— Es una mariposa muy rara, grande como mi mano y hermosa como un broche de oro y piedras de colores.

La mano de Nieves no era muy grande que digamos: sin embargo, para ser comparada al tamaño de una mariposa debía de ser ésta algo más que regular, y así era en efecto. Nos dirigimos al salón azul, y, posada en una de las flores que adornaban un soberbio tabor, vimos una mariposa de dimensiones verdaderamente extraordinarias. La suavidad de sus finísimos colores revelaban á la mariposa hembra. Me aproximé á ella á fin de afirmarme en mi opinión, pero mi deseo se vió burlado por la impaciencia de Margarita, que, aprovechando aquel momentáneo descanso, hizo su presa á la mariposa infeliz. Nieves completó la jornada, esto es, con un alfiler sujetó á su víctima en el cáliz de roja dalia, cuyas hojas quedaron bordadas con el polvo de oro que en sus últimos y violentos aleteos dejó caer la pobre mártir.

La tarde del siguiente día, apenas acabábamos de levantarnos de la mesa, Margarita, que había corrido al salón azul á fin de contemplar su trofeo del día anterior, volvió azorada entre nosotras diciendo con voz apenas inteligible á causa de la emoción que la dominaba:

—La he visto... Ha resucitado... Está en el espejo de Venecia.

—Pero ¿quién?—le preguntamos.

—La mariposa,—contestó.

—¿Resucitado después del embalsamamiento de ayer? Imposible,—le dije.

—Ustedes verán.

Precediéndola entramos con ella en el salón azul, y una mariposa de mayor tamaño y colores más vivos y brillantes que la que yacía en la roja dalia volaba infatigable de una á otra parte del gabinete. Decididamente los vuelos vertiginosos del hermoso insecto dejaban adivinar que buscaba algo; algo cuya desaparición le trastornaba hasta causarle agonía mortal. De pronto se paró en las flores del tabor, descubrió la mariposa de finos y delicados colores rígida é inmóvil como soberbio topacio clavado en el centro de una flor, sus hermosas alas se agitaron convulsivamente, desprendiéndose de ellas el polvo de

UN PERRO AMAESTRADO



—¡Leal, aquí! A ver si me llevas el paraguas con aquel cuidadito que te tengo enseñado. ¡Y que no te lo dejes quitar por nadie... por nadie!

oro que las teñía, como se desprenden las ideas de luz de un pensamiento próximo á oscurecerse para siempre, y, trazando torpemente algunos giros en torno de la mariposa disecada, cayó entre sus alas para no volver á volar.

Margarita y Nieves quedaron muy impresionadas al darse cuenta del pequeño drama que con su atolondramiento habían preparado, exclamando Margarita muy conmovida:

—¡Quién creyera que las mariposas tienen también corazón!

ANTONIA OPISSO



MENTIRAS VERDADES

NINGUNA ocasión tan oportuna para presentarme á Vds., ó, mejor dicho, para describir á Vds. mi personalidad, como la que me presenta el asunto de este artículo.

Como quiera que en él voy á tratar de una de las muchas cosas extravagantes que me acontecen y que sospecho deben de acontecer á otros prójimos como yo (y no hay que tomar á mal la palabreja, porque prójimos lo somos todos, según los mandamientos etc.), debiera comenzar por retratarme á la pluma para que todos los que esto leyeren conozcan al protagonista. Pero siempre me ha parecido altamente cursi el describirse á sí mismo.

Los autores que esto hacen parécenme vanidosos y tontos, pues tales presentaciones sólo son admisibles en autores como Valera, Galdós, Pereda y otros de igual saber y popularidad.

Yo ya sé que cuando se va á tratar de una ó varias particularidades de un individuo es cuasi de cajón (cuando no preciso) describirle; mas colocada la insignificancia de mi personalidad en uno de los platillos de la balanza de la razón, y la costumbre de las mencionadas descripciones en el otro, vence la primera de la segunda, y renuncio por lo tanto á decir á Vds. si yo (el protagonista de este artículo) soy alto ó bajo, moreno ó rubio, si gasto lentes ó no, y cuantos pares de botas consumo al año, cosas que, aparte de todo, presumo no habían de interesar al lector poco ni mucho.

Concrétome, pues, á poner de manifiesto á Vds. un fenómeno (y así le califico por no hallar nombre propio al asunto), un fenómeno que en el trascurso de mi vida he visto evidenciado multitud de veces.

Cuando muchacho, ya me aconteció en varias ocasiones verme precisado á fijarme en que era yo poco menos que un adivino sin desear serlo.

Pero vayamos por partes, pues de lo contrario no conseguiría hacerme entender.

Confieso sin rubor que yo he sido siempre algo embustero, y digo que lo confieso sin rubor porque mis mentirijillas estoy seguro, segurísimo de que no han causado jamás daño alguno á mis semejantes.

Pero estoy curado ya de ese vicio que llaman feo y que yo califico de costumbre, ya que existe sujeto que miente por la cosa más nimia y sin provecho propio ó ajeno.

Conozco varios individuos para los cuales el mentir forma una de tantas costumbres, y que sólo cuando se ven precisados á emplear la formalidad dicen lo cierto y verdadero, y, sin embargo, no por eso dejan de ser buenas personas.

El mentir, según el catedrático que tuve cuando estudiaba química, no es más ni menos que un medio de divertirse y decir algo cuando no se sabe de qué hablar. Y por cierto que todavía no ha podido apartarse de mi memoria la contestación que uno de mis compañeros le dió al anciano y benévolo señor (cuyo nombre no menciono porque vive todavía y, además, no lo creo muy necesario) cuando decía sonriendo:

—Créanme Vds.: la mentira es una broma de buena ley cuando no perjudica; el mentir es un medio de divertirse.

Y el dicho compañero contestó:

—De divertirse y... de no decir la verdad.

No sé cuál de los dos estaría más en lo cierto.

Yo opino que ambos. Y conste que no digo esto en defensa mía por haber mentido en muchas ocasiones.

Pero aquí del fenómeno ó, mejor aún, de mi don de adivino sin pretender serlo.

En más de cuatro ocasiones sucedíame decir á un amigo:



—Ya está chispeando. A bien que mi perro me lleva el paraguas.

—Hoy he visto á *fulanito* y hemos estado hablando de *esto* y lo *otro*.

Esto no era verdad: yo no había hablado nada con el tal *fulanito*. Pero al día siguiente lo encontraba, y, sin que pudiera explicarme la razón, era el caso que nos poníamos á charlar del *esto* y lo *otro* á que yo me había referido en mi mentira.

Después, al quedarme solo, reflexionaba y me decía sonriendo:

—¡Vaya una casualidad!

Pero la casualidad se ha repetido mil veces.

Si dije, por ejemplo, que conocía á un personaje distinguido sin conocerle,

á los pocos días trababa relaciones con él; si aseguraba haber comido ostras el día anterior, al siguiente ellas formaban uno de los platos de mi comida sin yo haberlas pedido; y así sucesivamente en todo género de cosas y asuntos.

Crean Vds. que llegó ocasión en que temí decir una mentira, ya que para excusarme de haber faltado á una cita alegué, para que se me dispensase, que mi esposa se había puesto enferma, y al volver á casa resultó que lo estaba realmente, y del cólico de que yo la había supuesto víctima por conveniencia propia.



—Pues ¡la cosa arrecia!... ¡Eh, Leal! ¡Aquí!... Dame el paraguas.

En cierta ocasión, no ya por mentir, sino por ver si resultaba cierto, dije á todo el mundo que era feliz, puesto que el casero no quería cobrar el alquiler del piso que ocupo, mi suegra había fallecido, un vecino que por mi desgracia estaba aprendiendo el manejo del acordeón se había mudado á otro barrio, y á mis chiquitines les duraba siglos y más siglos el calzado. Pero ¡quia! esta vez nada resultó cierto, sin duda porque mis mentiras eran dichas adrede.

Al día siguiente de haber mentido tanto, dije *porque si* que á poco más me mata un carruaje al salir de mi casa, y... ¡á los pocos minutos de haber dicho esto, salgo del café y se me viene encima un vehículo que á poco más me revienta!

De aquí que me viese precisado á dejar de mentir.

Sin embargo, como siempre vence en nosotros la costumbre, de vez en cuando suelo, sin querer y en el ardimiento de la conversación, soltar alguna que otra mentira que, como siempre, se torna en realidad en breve.

Mis mentiras no son más que verdades... venideras.

El caso que voy á referir al paciente lector, es el que al fin me ha decidido á consagrar algunas cuartillas al asunto de que estoy tratando, por creer digno de la publicidad lo que respecto á él me acontece.

Hace dos días que, hablando en el café con unos amigos acerca de las molestias que nos causan los forasteros cuando vienen á pasar en compañía nuestra una temporada, dije, no siendo verdad, que hacía dos años estaba en mi casa una familia compuesta de matrimonio y seis niños, los cuales tomaron tal afición á mi domicilio que aun no había podido lograr deshacerme de ellos, y que estaba sufriendo sus molestias, mayores que las que nos causa un grano en la nariz.

Pues bien, querido lector: hasta el grano, sí, hasta el grano tengo en mi acento facial, que pretende convertirse en cesura dada la forma que debe adquirir si revienta antes de reventarme.

Ayer llegaron de Valladolid y se hospedaron en mi casa un amigo mío con su esposa y ¡seis hijos!

Del sofocón que experimenté al verles entrar con cuatro docenas de fardos y baúles, sospecho que me brotó como por vía de *encantamiento* el maldito grano á que sólo había aludido.

Pero más que el dolor que el tal me proporciona, y que el ver que mi nariz adquiere el aspecto de un violín de los regulares en tamaño, me apura el pensar que yo dije, al mentir, que no había conseguido deshacerme de los forasteros en dos años, y que á tal fecha todavía continuaban en mi casa.

¡Dios mío! ¿También esta vez será una verdad mi mentira?

Mucho me lo temo. Más: estoy casi seguro de que ha de suceder así, porque, aun cuando ahora diga que ya se han marchado, como si lo viera, no se marchan, porque mentiré como cuando dije que mis niños con un par de botas tenían para siglos y más siglos, esto es, á sabiendas, y ya en aquella ocasión saben Vds. que no resultó verdad nada de lo dicho.

¡En qué mala hora mentí!

Haga mi bendita suerte que por esta vez no haya sido adivino de mi propia desgracia.

Vengan todos los granos que la naturaleza quiera colocar en mi desdichada nariz, pero márchense en cambio los inoportunos huéspedes, que yo juro



—¡Que me des el paraguas, animal! ¿No ves que se pone á llover de recio?...

por todo lo más sagrado no decir más mentiras en todo lo que me resta de vida.

LUIS DE VAL



LA FLORECILLA

LEYENDA HOLANDESA

DESPUÉS de muerto un niño, el ángel de la guarda llevaba su alma al cielo. Habían pasado ya la opulenta ciudad, los campos cubiertos de trigo sazonado, los bosques, en donde resonaban las hachas de los leñadores, los canales, sobre los que resbalaban las cargadas galeotas; y el ángel nada había mirado: pero, al llegar á un pobre lugar, suspendió el vuelo y sus ojos se fijaron en una callejuela retirada que bordeaban chozas arruinadas. La hierba crecía á través de los guijarros, los cristales rotos, la paja húmeda, y las cenizas echadas al viento. El ángel miró largo tiempo la encrucijada abandonada, y, percibiendo de golpe, en medio de las ruinas, una pálida florecilla abierta sin sol, dando un grito de alegría suspendió su vuelo y fué á cogerla.

El alma del pequeño muerto le preguntó por qué se había detenido por una flor de los campos sin perfume y sin belleza. Entonces el ángel le respondió:

—¿Ves en el fondo de esa callejuela una choza en donde se ha desplomado el techo al peso de las nieves, y las lluvias han hundido las paredes? Allí vivía otro tiempo un niño de tu edad, que Dios había llamado á Sí casi desde su nacimiento. Después que dejaba su lecho de paja, sostenido sobre sus muletas de sauce recorría dos ó tres veces la estrecha callejuela, y era todo lo que hacía. No había visto jamás el sol más que desde su ventana. Cuando en el estío volvía á traer sus gozosos rayos, la pequeña criatura afligida iba á sentarse en el espacio bañado por su luz. Miraba la sangre circular por sus manecitas y decía:—Estoy mejor.—Nunca había visto la verdura de las cercanías ni el follaje de los bosques. Tan sólo los niños del vecindario le traían alguna vez ramos de álamo, que colocaba en emparrado sobre su lecho. Entonces, cuando el sueño cerraba sus ojos, soñaba estar tendido á la sombra de los matorrales, que el sol bailaba á través del follaje, y que los pájaros cantaban sin fin á su alrededor. Un día, su hermana mayor, que le tenía á su cuidado y que le hacía las veces de madre, le trajo una florecilla del campo con su raíz. El la plantó en una vieja olla de barro, y Dios hizo prosperar la planta que cuidaba una mano cariñosa. Era el jardín del niño enfermo. La

floreilla le representaba las aguas, las cercanías, los bosques, toda la creación.

Mientras vivió, sus cuidados no faltaron á la humilde planta. Le daba todo lo que la estrecha ventana dejaba pasar de aire y de sol; la regaba todas las tardes despidiéndose de ella hasta el otro día como de una amiga. Mas cuando Dios llamó á Sí al inocente mártir, su familia dejó el lugar, la callejuela fué abandonada, y la floreilla doblóse en medio de las ruinas. Héla aquí, que la Providencia de Dios la ha conservado, y que yo vengo de cogerla.

— ¿Quién te ha dicho todo esto? — preguntó el alma del niño.

— Lo sé, — respondió el ángel, — porque yo soy el pobre niño que andaba con las muletas de sauce. Dios me ha pagado lo que sufrí en la tierra dándome las delicias del Paraíso; mas la felicidad de hoy no me hace olvidar las modestas dichas de otros días, y daría la más bella estrella del cielo en que habito, por esta floreilla de los campos.

Traducido del francés por

M.^a JOSEFA PEÑA

❧ NUESTROS GRABADOS ❧

HOJEANDO EL ÁLBUM

La niña se entretiene
mirando los retratos,
y á amigos y parientes
saluda con agrado.

¡Cuánta gente desfila!
¡En tan estrecho espacio
cuántas personas vense
de idéntico tamaño!

LOS NIÑOS DE ALGUNAS COLONIAS BRITANICAS

(Conclusión)

Los dos muchachos, espantados al principio, comenzaron á pensar después sobre lo que debieran hacer en aquel caso. Por fin decidióse que Santiago volviera otra vez á la estación en busca de auxilio, mientras que Guillermo se quedaría con el herido. Comenzaba á declinar la tarde, y el sol se ponía, cuando Joé, abriendo los ojos, pidió agua. Guillermo fué á buscarla, trajóla en su sombrero, y humedeció los secos labios del pobre hombre.

Era un día de otoño, y como el aire refrescaba bastante, Guillermo encendió una hoguera para calentar las manos del herido, al mismo tiempo que procuraba reanimarle con sus palabras. Al ver que Joé seguía siempre frío,

despojóse de su levita y cubrióle con ella, proporcionándole toda la comodidad que las circunstancias permitían.

Poco después las estrellas comenzaron á brillar en el cielo, el viento refrescó más aún, y sólo de vez en cuando interrumpía el silencio del bosque el melancólico grito del mochuelo y el silbido del viento entre el follaje de los gomales. Las horas transcurrían lentamente, y Guillermo se entristecía cada vez más. Tenía frío, y esto es suficiente para deprimir el corazón y abatir el valor. Así pasaron cinco horas, y aun no llegaba socorro alguno.

Al fin ocurrióle una idea á Guillermo. Tomó una rama encendida de la

hoguera, encendió otra á cierta distancia en la dirección que Santiago debía haber seguido, una tercera más allá, y volvió al punto de partida más tranquilo, seguro de que aquellas señales darían á conocer dónde se hallaba.

Al cabo de una hora Guillermo oyó el rumor producido por las ruedas de un carruaje, y un momento después las voces de su padre y hermano. Iban en un vehículo preparado para el herido, y se pudo conducir á éste hasta la casa sin novedad. Habíase fracturado una pierna, pero recobró su uso al fin, y no



—Pues, señor... como le he dicho que no se lo dejase quitar por nadie...

olvidó nunca el servicio que Guillermo le había prestado.

Los niños de Australia, y particularmente las niñas, son muy aficionados á los animales, y algunos de éstos sorprenderían seguramente á la gente menuda de cualquier otro país, como por ejemplo el kanguró, que se distingue por su extraño aspecto á causa de tener las extremidades posteriores mucho más largas que las anteriores.

En los bosques de Australia abundan aún las serpientes, y los muchachos temen mucho á estos reptiles venenosos, por lo cual son pocos los que las persiguen. Cuando por casualidad pueden matar alguna, suspéndenla de un palo y llévanla triunfalmente á su casa. He conocido un muchacho que conservaba un pedazo de madera plano, de un pie de longitud, en el que hacía una señal con su cuchillo cada vez que mataba una serpiente. La madera quedó al fin completamente llena de señales. Bien hubiera merecido una recompensa del Gobierno por su valerosa cruzada contra los temibles reptiles.

Casi todos los juegos de los niños, en Inglaterra, se asemejan á los de Australia; pero algunos son más comunes que otros, lo cual se debe por mucho al

clima. En otros países, por ejemplo, la pelota es un juego muy popular entre los chicos; pero en Australia no se usa tanto á causa del calor.

Las excursiones acuáticas y á caballo constituyen uno de los principales recreos, y se disfruta de ellas bajo condiciones muy favorables, á causa de los largos períodos de buen tiempo. Muchas niñas aprenden algunas veces muy bien á remar, y llegan á ser también hábiles amazonas. En todos los distritos del país se puede mantener á muy poca costa una jaca ó caballo. En las ciudades el gasto es por supuesto mayor, pero aun así los muchachos consiguen montar con mucha frecuencia, sin contar con grandes medios.

Lo que he dicho acerca de la vida de los niños de ambos sexos en Australia podría aplicarse casi de igual manera á los de Nueva Zelanda y Tasmania, países que completan el grupo de las colonias australianas. El clima de este último punto es más frío que el de la isla principal, mas el hielo no adquiere nunca suficiente espesor para patinar, y muy rara vez se encuentra en el suelo nieve suficiente para hacer bolas.

La vida casera de los niños en los distritos más lejanos del Cabo Colonia y del Africa del Sur participa del carácter libre é independiente de los chicos del Canadá. Pero en el Africa no pueden disfrutar de muchos de sus recreos á causa de lo cálido del clima. En el Africa del Sur es común tener en las granjas criados negros, que son muy útiles cuando se les trata bien, y se encariñan mucho con los niños de la casa, á quienes enseñan á pescar y á cazar, y á someter las vacas al yugo (véase el grabado) y á ordeñarlas, explicándoles al mismo tiempo muchos secretos de la vida en los bosques.

La operación de someter las vacas al yugo requiere mucha habilidad, y es necesario con frecuencia apelar al látigo para hacerlas entrar en orden. Uno de los objetos más necesarios allí es el carro, del cual se hace uso siempre cuando se trata de emprender alguna excursión, por corta que sea. Cuesta bastante caro, pero es muy útil, y á menudo requiere una docena de bueyes para tirar del vehículo. Las ruedas son muy fuertes, y los arneses de piel de búfalo.

Cuando se trata de acampar, se ha de hacer en sitio donde los animales no carezcan de aguas, y en tales casos el carro, y á veces sus contenidos, sirven para guarecerse, lo cual es indispensable para rechazar cualquiera acometida de los indígenas ó de las fieras. El trayecto desde la ciudad del Cabo hasta el Cabo Colonia no deja de ofrecer bastante atractivo, pero se necesita ser buen jinete para recorrerlo.

Los habitantes de este último punto prefieren, por regla general, viajar en uno de esos grandes y útiles carros que no ir por el agua desde un puerto á otro, aunque estas excursiones no dejan de ofrecer peligro por tierra. Concluiré el presente artículo refiriendo una aventura ocurrida á unos jóvenes que fueron en carro desde la ciudad del Cabo á otro punto de las colonias africanas del Sur. Durante el viaje, el vehículo debía atravesar caminos que no

son ni por mucho tan fáciles de recorrer como los nuestros, y vadear también corrientes y precipicios.

El carro iba conducido por un hotentote, y durante algún tiempo avanzó sin novedad. En él iban varios niños con una aya, y cantaban y reían mientras los pesados bueyes seguían su marcha.

Al fin el conductor pareció estar desorientado, y efectivamente, no sabía ya por dónde iba; pero los viajeros no experimentaban la menor inquietud. Al fin el vehículo llegó á una cuesta muy empinada, debiendo franquear des-



—¡Suéltalo, condenado!... ¡Que me quedo hecho una sopa!

pués un pico pedregoso; y entonces el aya, por temor de un accidente, sacó á los niños del carro y apeóse también.

Fortuna fué que lo hiciera así, pues un momento después el carro, su contenido y los bueyes rodaban por una pendiente pedregosa, rompiendo los árboles, sin que los pobres animales pudieran salvarse tampoco, quedando destrozados al llegar al fondo.

En cuanto á los niños, fuéles forzoso recorrer el camino á pie, sufriendo toda clase de privaciones, hasta que al fin encontraron otro carro que los recogió.

No sin sufrir algunas penalidades, los pequeños viajeros llegaron al fin á su casa, dando gracias á Dios de no haber caído con el carro y los pobres bueyes, pues seguramente habrían perdido la vida. Bien vemos, pues, que viajar por el Cabo de Colonia tiene también sus peligros, como las líneas férreas en otros países.



LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

—Abre,—dijo la madre á su hijo;—creo que es la lechera que trae la leche.

Era el colono Truck que iba á buscar á Pie Ligero. La pobre madre se puso de mil colores y dijo á su hijo:

—Haz salir á Pie Ligero.

Pero Juan estaba ya en el establo con gran sorpresa del colono.

—Sentaos,—dijo la viuda Preston dirigiéndose á Truck. Y luego, al cabo de algunos minutos de espera:—¡Si la señora supiese cuánto le quería Juan al pobre Pie Ligero!—Y enjugándose una lágrima:—Nunca le dejaba carecer de nada. Sentaos, vecino.

Apenas el colono había tomado asiento cuando entró Juan, con el rostro todo descompuesto, blanco como la nieve.

—¿Qué hay?—exclamó su ama.

—¡Dios mío! ¡Tened piedad de mi hijo!—dijo la madre mirándole con expresión inquieta. Y se adelantó hacia él.

—¡Todo está perdido!—exclamó Juan, que se deshacía en lágrimas.

—¿Qué está perdido?—preguntó la madre.

—¡Mis dos guineas, las dos guineas de Pie Ligero! ¡Quería dáros las, madre, pero el tiesto en que las había ocultado ha desaparecido! ¡Todo está perdido!—añadió con un gran suspiro.—¡Ayer las tenía! ¡Sentíame tan dichoso por haberlas ganado yo mismo! ¡Contaba experimentar una alegría tan grande con la sorpresa que os preparaba! Y ahora ¡todo está perdido!

La madre estaba muy sorprendida. En cuanto á la señora, guardó un instante de silencio, y, mirando atentamente á Juan y á su madre como si hubiese dudado de aquel cuento y hubiese temido ser víctima de su compasión, dirigióse con tono severo al niño:

—Es muy extraño,—dijo.—¿Cómo se os ha ocurrido poner el dinero en un tiesto, y el tiesto en el establo? ¿Por qué no haberlo dado á guardar á vuestra madre?

—¿No os acordáis, pues, señora,—respondió Juan,—que me dijisteis ayer que no se lo diera sino en presencia vuestra?

—¿Y no le habéis hablado de ello?

—Preguntádselo á mi madre,—dijo Juan, algo ofendido.

—¡Oh Juan, mi Juan bien amado!—exclamó la viuda Preston.—Habla á la señora.

—He hablado,—respondió él;—he dicho la verdad, y la señora no quiere creerme.

La señora, que tenía mucho mundo y que había visto con frecuencia escenas parecidas, aconsejó á Juan que moderase su llanto y cerrase el trato, asegurándole que ya se encontraría el dinero. El pobre muchacho hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y fué por Pie Ligeró.

La señora se acercó á la ventana á fin de ver todo lo que iba á pasar. La viuda Preston estaba en la puerta, y numerosos transeuntes, viendo parado allí un coche, se detenían haciendo todo linaje de conjeturas.



—¡Pies, para qué os quiero!... ¡Y pensar que llevo detrás á mi perro con mi paraguas!...

Juan entró un momento después llevando á Pie Ligeró, y se aproximó al colono, le puso en la mano la brida del caballo, y le dijo:

— Es un buen caballo.

— A lo menos parece haberlo sido.

— Lo es, os respondo de ello: es un buen caballo. — Y diciendo esto lo acariciaba y acercaba su cabeza á la suya.

En aquel momento entró una lechera, dejó un jarro en tierra, se acercó á Juan, le puso el puño en el rostro, y, mirándole á la cara,

— ¿Me conoces? — dijo.

— No lo creo, — respondió Juan. — Vuestra cara no me es desconocida, pero no recuerdo dónde la he visto.

— ¿De veras? — dijo ella abriendo la mano. — Pues entonces te acordarás mejor de haber visto esto, y me dirás sin duda lo que querías hacer con él.

Y al acabar estas palabras le presentó un penique de plata.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: ^{Arca de San Bernardo,} 38, principal, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371. — BARCELONA